

ya en la altura suprema de la eternidad del Padre, leyendo sin esfuerzo el Verbo de la divina sabiduría y encendido en el puro amor del Espíritu.

Aquí abajo, con nosotros, en la basílica de San Pedro, se hallan, sí, sus viejos amigos y conocidos: Víctor Manuel Orlando, el famoso tratadista de Derecho político y ministro del Gobierno italiano, compañero de Ferrini allá por 1887, en los días gozosos de las primicias docentes de ambos en la Universidad de Mesina.

Aquí, también, Eduardo Gemelli, recordando, sin duda, el tiempo de sus estudios en la Facultad de Medicina de Pavía, cuando él, socialista e incrédulo, iba, según ha escrito, a la cátedra de Ferrini con el solo propósito de sonreír ante el extraño fenómeno de un profesor universitario que todavía creía en Dios al despuntar el siglo XX. Mas hoy Eduardo Gemelli no es ya médico materialista de antaño. Hace mucho que se ha convertido en fray Agustín Gemelli, franciscano, y Rector Magnífico de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, de Milán, promotora, precisamente, de la beatificación de Contardo Ferrini. ¡Con qué otro espíritu escucha ahora la gran lección del sabio romanista! También en esta mañana primavera sonreirá el P. Gemelli, y puede, además, que su sonrisa se vea irisada por un rayo de sol quebrado en unas lágrimas.

Aquí está, asimismo, su eminencia el Cardenal Mercati, Bibliotecario y Archivero de la Santa Iglesia Romana, con el recuerdo de aquellas jornadas en que él, joven sacerdote, trabajaba con Ferrini para descifrar difíciles manuscritos de la Ambrosiana o del Vaticano y colaborar en la edición de añosos textos del eterno Derecho de Roma.

Con ellos, otros amigos y familiares de Contardo, y como un testimonio vivo del poder y la gloria del nuevo Beato, está presente un sacerdote que frisa en los cuarenta: el Rvdo. D. Eduardo Grametti, Párroco de Viggiano y Canónigo menor de Milán, que un buen día del mes de julio de 1921, jugando con otros muchachos de su edad en un patio de la parroquia milanese de San Luis, cayó desde una altura considerable y quedó con la base del cráneo fracturada y sin ninguna esperanza humana de salvación. Pero la oración insistente del Párroco, de familiares y amigos, en peregrinación al sepulcro de Contardo Ferrini, obtuvo la salud, por manera admirable, en contadísimos días.

Y aquí están, en todo su esplendor, las dignidades de la Iglesia, los representantes de los Estados, los claustros académicos y el pueblo sencillo, ese pueblo de fe arraigada e ingenua que ha venido